

Solemnidad
de Pentecostés

El regalo máspreciado

Lecturas: Hch 2, 1-11 / Sal 103 / 1Cor 12, 3b-7. 12-13 / Jn 20, 19-23

Antes de empezar: el rincón del monitor

El protagonista de este último día del tiempo pascual es el Espíritu Santo. En la solemnidad de Pentecostés, recordamos la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, pero también sobre la Iglesia y sobre cada uno de nosotros, los bautizados.

Idea clave que vamos a trabajar

Don - diversidad - unidad: Celebramos con gozo que Jesús, vencedor del mal y de la muerte, nos da su Espíritu para que viva en nosotros y nos ayude a superar todas las dificultades y a ser cada día más y más amigos suyos. También conmemoramos hoy el nacimiento de la Iglesia.

Desarrollo del encuentro

Miramos alrededor

En nuestra vida necesitamos muchas cosas: necesitamos comer, beber, abrigarnos, etc. Pero hay algo que es imprescindible. Sin aire no podemos vivir.

Hagamos el siguiente experimento: vamos a encender una vela dentro de un frasco transparente y después lo vamos a cerrar con una tapa. Lo que comprobaremos es que cuando el oxígeno que contiene el frasco se termina, la vela se apaga.

Esto mismo ocurre en nuestro interior cuando nos falta el aire del Espíritu. La llama que Cristo encendió en nuestro bautismo se va

apagando. Necesitamos el aire del Espíritu Santo para vivir. A veces soplará como brisa suave, otras veces como tormenta huracanada. Lo importante es que nos dejemos guiar por Él, sabiendo que siempre nos llevará a Jesús, nos hará caminar con Él por sus caminos y nos dará la fuerza para ser sus testigos. Él hará que cada día nos parezcamos más y más a Jesús.

Illuminamos la realidad

❖ La Palabra de Dios nos interpela

En este momento, podemos sugerir al grupo hacer una representación del Evangelio. En él se nos cuenta cómo los discípulos estaban encerrados porque tenían miedo a los judíos. De repente, se les aparece el Señor y, lo primero que hace es darles la paz. Jesús cuando aparece siempre trae la paz. Podemos preguntarnos si también nosotros somos sembradores de paz en los lugares en los que nos movemos.

Acto seguido, Jesús les muestra sus heridas, las llagas en las manos y el costado, les muestra su humanidad. El que están viendo es el mismo que recorrió con ellos los caminos de Galilea, Samaría y Jerusalén, el que compartió con ellos su mesa, el que les enseñaba y les hablaba al corazón, el que vieron morir en la cruz por amor a todos.

Al verlo, nos dice el Evangelio, “los discípulos se llenaron de alegría”. Esto es lo segundo que hace Jesús al tocar nuestras vidas: nos da la alegría. ¿Se nota en nuestras vidas la alegría de conocer y amar al resucitado?

En ese momento, los discípulos son enviados a anunciar el evangelio y a bautizar. Jesús les concede también el poder de perdonar los pecados, el poder de reconciliarnos con Dios. Este es el mayor regalo que nos dejó Jesús resucitado, el perdón de Dios. Perdonar y ser perdonados. ¿Conoces un tesoro más grande!?

Para que puedan hacer todo esto, venciendo los miedos y la cobardía, el Señor sopla sobre los discípulos su Espíritu. A cada uno los bendice y les brinda los dones que más necesitan. El Espíritu se posa sobre cada uno, a cada uno da un don y a todos reúne en unidad. El mismo Espíritu crea la diversidad y la unidad. De esta diversidad en la unidad

nace la Iglesia. En este día celebramos su cumpleaños, el día en que nace del Espíritu y en que los discípulos son enviados a todo el mundo a llevar el Evangelio. Como entonces, hoy seguimos siendo enviados para que todos se enteren de cuanto nos ama Dios.

Desde Pentecostés, Jesús resucitado se queda siempre con nosotros y sigue presente y actuando con su Espíritu.

❖ Con la mirada de san Manuel

San Manuel González nos habla de Pentecostés como el día del Espíritu Santo y de la gracia, el día en que se descubre el velo que enturbiaba la mirada de los apóstoles, el día en que ellos descubren la misión que el Maestro les tenía reservada: la de ser sacerdotes, para anunciar la buena noticia y transmitir el perdón de Dios a todos los hombres.

“Llega Pentecostés. Con ruido de viento impetuoso y en forma de lenguas de fuego desciende el Espíritu Santo sobre cada uno y los llena de sus dones y, entonces, como al embate de aquel viento impetuoso y de aquellas llamas de fuego, desaparecen de los ojos y de los corazones de los apóstoles los tupidos velos que les impedían ver y sentir y darse cuenta de lo que eran y podían por institución de su Maestro”.

(OO.CC. 2581)

❖ Para conocer más

En toda celebración litúrgica la presencia del Espíritu Santo es fundamental.

En la Misa, durante la Plegaria Eucarística, el momento dedicado a la invocación del Espíritu Santo recibe el nombre de **Epiclesis**. Ocurre cuando el sacerdote extiende las manos sobre el vino y el pan y pronunciando las mismas palabras que Cristo dijo en la última cena, invoca al Espíritu Santo para que transforme el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo, y se haga realmente presente.

También se invoca al Espíritu Santo para que la comunión que los fieles vamos a recibir nos ayude a vivir unidos a Cristo y entre nosotros.

Nos comprometemos

En una bolsa o en una caja colocamos papelitos con los frutos del Espíritu Santo (Gal 5, 22-23).

Cada niño tomará uno de los papelitos y, durante la semana, pedirá especialmente al Espíritu Santo, que habita en su interior, le ayude a vivir el fruto que le ha tocado.

Oramos

Ante el Sagrario, damos gracias al Señor por haberse quedado con nosotros y por habernos dejado su Espíritu como guía y fortaleza. Pedimos también, que nunca nos falte este fuego de amor que arde en nuestros corazones y en la Iglesia. Le decimos:

«Ven Espíritu de Dios,
Señor que estás en mi corazón
y en el corazón de la Iglesia,
tú que conduces a la Iglesia,
moldeándola en la diversidad.
Para vivir, te necesitamos como el agua:
desciende una vez más sobre nosotros
y enséñanos la unidad,
renueva nuestros corazones
y enséñanos a amar como tú nos amas,
a perdonar como tú nos perdonas.
Amén».

(Homilía del Papa Francisco, 4 de junio de 2017)